

niebla del llano era tan espesa en Sedgemoor, que á cincuenta pasos no se distinguía absolutamente ningún objeto (1).

XXXVII.

BATALLA DE SEDGEMOOR.

El reloj dió las once, y el Duque, acompañado de su guardia de Corps, salió del castillo. No era el estado de su espíritu muy á propósito para dar un golpe decisivo. Los mismos chicos que se atropellaban para verle pasar observaron y recordaron por mucho tiempo que su mirada era triste, y parecía presagiar un desenlace funesto. El ejército se puso en marcha por

(1) *Relación de un oficial de guardias de á caballo*, en Kennet, ed. 1719, III, 432; *Diario de la Rebelión del Oeste*, manuscrito que posee Mr. Eduardo Dummer; Dryden, *La Cierva y la Pantera*, parte II.

Los versos de Dryden son muy notables.

Such were the pleasant triumphs of the sky
For James's late nocturnal victory,
The pledge of his almighty patron's love
The fireworks which his angels made above,
I saw myself the lambent easy light
Gild the brown horror and dispel the night.
The messenger with speed the tidings bore
News which three labouring nations did restore;
But heaven's own Nuntius arrived before.

«Tales fueron las señales de triunfo con que el cielo mostró su regocijo por la victoria nocturna de Jacobo, las prendas de amor de su omnipotente Señor, los fuegos artificiales que los ángeles hicieron brillar en las alturas. Yo mismo vi la luz rauda y ligera dorar las negras tinieblas, haciendo huir la noche. Veloz fué el mensajero portador de la nueva que devolvió la calma á tres naciones, pero el nuncio celeste había llegado antes.»

un camino de rodeo que tendría unas seis millas de extensión hacia el campamento real de Sedgemoor. Parte del camino aun lleva hoy el nombre de Sendero de la Guerra (War Lane). A la cabeza de la infantería habíase puesto el mismo Duque. La caballería fuera confiada á Grey, á pesar de las objeciones de algunos que recordaban la desgracia de Bridport. Dióse orden que todos marchasen en silencio, sin que se oyese ni un tambor, sin disparar un solo tiro. La palabra que debía de servir á los insurgentes para reconocerse en la oscuridad era *Soho*. Habíase elegido, indudablemente, en recuerdo de Sohofields en Londres, donde estaba el palacio de su caudillo (1).

A eso de la una de la mañana del lunes 6 de julio, los rebeldes se hallaban en el campo abierto. Pero les separaban del enemigo tres anchos fosos llenos de agua y lodo. De dos de éstos llamados *Black Ditch*, y *Langmoor Ditch*, Monmouth tenía conocimiento. Pero, cosa extraña, ninguno de sus espías le había anunciado la existencia de una zanja llamada *Bussew Rhine*, situada en las inmediaciones del campamento real. Los carros que conducían las municiones quedaron á la entrada del pantano. La caballería y la infantería pasaron en larga y estrecha columna el *Black Ditch* por un sendero. Otro semejante había para atravesar el *Langmoor Rhine*, pero el guía á causa de la niebla equivocó el camino. Hubo alguna dilación y desorden mientras se rectificaba el error; al fin se efectuó el paso, pero en medio de la confusión que esto

(1) Muchos escritores han dicho, y Pennant es uno de ellos, que el distrito denominado Soho, en Londres, debe su nombre al santo y seña del ejército de Monmouth, en Sedgemoor. Hácese mención de Soho Fields en libros impresos anteriormente á la rebelión del Oeste, por ejemplo, en el *Estado de Inglaterra en 1634*, de Chamberlayne.

produjo se disparó una pistola. Algunos jinetes de la guardia que estaban de vigilancia, oyeron el tiro y pudieron descubrir una gran multitud que avanzaba á través de la niebla. Dispararon sus carabinas y partieron en distintas direcciones á dar la voz de alarma. Algunos se dirigieron á Weston Zoyland, donde estaba la caballería. Uno de ellos se encaminó al campamento de la infantería gritando con todas sus fuerzas que el enemigo estaba encima. Los tambores del regimiento de Dumbarton llamaron á las armas, y los soldados se apresuraron á acudir á las filas. Ya era tiempo, pues Monmouth disponía su ejército para la batalla. Ordenó á Grey que abriese paso con la caballería, mientras él le seguía á la cabeza de la gente de á pie. Grey continuó avanzando hasta que inesperadamente se encontró detenido por el foso de Bussex. En el lado opuesto la infantería real se formaba apresuradamente en orden de batalla.

¿Por quién peleáis? gritó un oficial de la infantería de la guardia.—*Por el Rey*, replicó una voz en las filas de la caballería rebelde.—*¿Por qué Rey?* se les preguntó entonces. La respuesta fué una entusiasta aclamación al «*Rey Monmouth*,» mezclado con el grito de guerra que cuarenta años antes ostentaban las banderas de los regimientos parlamentarios, «*Dios está con nosotros*.» Las tropas reales hicieron en seguida tan vivo fuego de mosquetería, que la caballería rebelde salió huyendo en todas direcciones. Todos convienen en atribuir tan ignominiosa derrota á la cobardía de Grey. Sin embargo, no está absolutamente demostrado que Churchill hubiera logrado hacerlo mejor á la cabeza de una tropa que no había manejado nunca armas á caballo y cuyos caballos no tenían hábito, no sólo de hacer frente al fuego, pero siquiera de obedecer á la brida.

Algunos minutos después que la caballería del Duque se había dispersado por el llano, acudieron los infantes corriendo á la pelea, sirviéndoles de guía entre las tinieblas las antorchas del regimiento de Dumbarton.

Monmouth quedó anonadado al ver que un ancho y profundo foso le separaba del campo que esperaba sorprender. Los rebeldes hicieron alto al llegar al borde de la zanja y dispararon sus fusiles. Parte de la infantería real, situada al lado opuesto, contestó al fuego, y por espacio de tres cuartos de hora se oyó incesantemente el ruido de los disparos de la mosquetería. Los paisanos del Somersetshire se portaron como veteranos, á excepción tan sólo que levantaban demasiado los fusiles al hacer fuego.

Entretanto, poníanse en movimiento las otras divisiones del ejército real. Los guardias de Corps y los Azules acudieron apresuradamente de Weston Zoyland y dispersaron en un instante parte de la caballería de Grey, que intentaba reunirse. Los fugitivos esparcieron el pánico entre sus camaradas de la retaguardia, á cuyo cargo estaban las municiones. Los carreteros huyeron á todo correr y no se detuvieron hasta muchas millas de distancia del campo de batalla. Monmouth hasta aquí había cumplido como bravo y entendido guerrero. Habíasele visto de pie blandiendo la pica y animando á su infantería con la voz y el ejemplo. Pero conocía demasiado las cosas de la milicia para no saber que todo estaba perdido. Sus gentes habían inutilizado la ventaja que la oscuridad y la sorpresa les daban en el ataque. Veíanse abandonados de la caballería y de los carros de municiones; las tropas reales, por el contrario, estaban unidas y en buen orden. Feversham, á quien despertara el ruido del fuego, se había arrojado del lecho, habíase

puesto la corbata con todo esmero y después de mirarse bien al espejo, había venido á ver qué hacía su gente. Al mismo tiempo, y esto era mucho más importante, Churchill había ordenado con gran rapidez de otro modo la infantería real. Muy pronto iba á amanecer, y el resultado de una batalla en campo abierto, á la luz del sol, no podía ser dudoso. Sin embargo, Monmouth debía haber pensado que no estaba bien el huir, mientras muchos á quienes el afecto á su persona había llevado á morir peleaban aún valerosamente en su defensa; pero vanas esperanzas y el excesivo amor á la vida, prevalecieron al fin. Vió que si se retardaba, la caballería enemiga pronto le cortaría la retirada. Decidido á salvarse, montó á caballo y huyó del campo.

En tanto, la infantería, aunque abandonada y sola, peleaba animosamente. Los guardias de Corps les atacaron por la derecha; pero los paisanos del Somersetshire, con sus hoces y las culatas de los mosquetes resistieron á la caballería real como soldados viejos. Oglethorpe intentó vigorosamente romper las filas, mas fué rechazado; Sarsfield, oficial irlandés de los más valientes, cuyo nombre alcanzó más adelante friste celebridad, atacó el otro flanco, mas sus soldados, tras vigorosa resistencia, tuvieron que batirse en retirada. Él mismo fué derribado, y por algún tiempo le tuvieron por muerto. Pero la resistencia de los obstinados paisanos no podía prolongarse mucho. Acabáronseles la pólvora y las balas, y se oían gritos pidiendo ¡municiones! ¡municiones por Dios! pero las municiones no venían, y ya entonces llegaba al campo la artillería real. Habíanla apostado á media milla de distancia en la carretera de Weston Zoyland á Bridgewater. Tan defectuosa era entonces la organización del ejército inglés, que hubiera sido muy difícil trasportar

los cañones al lugar de la batalla, á no haber ofrecido el Obispo de Winchester los caballos y arneses de su coche. Esta intervención de un prelado cristiano, tratándose de derramar sangre, ha parecido muy digna de censura á algunos escritores whigs que no veían nada criminal en la conducta de los numerosos ministros puritanos que había entonces en armas contra el Gobierno. Aun después que llegaron los cañones era tal la falta de artilleros, que un sargento del regimiento de Dumbarton hubo de encargarse del manejo de varias piezas (1). La artillería, sin embargo, aunque mal servida, aceleró el término del combate. Las picas de los batallones rebeldes empezaron á cejar; rompiéronse las filas, cargó de nuevo la caballería real derribando cuanto se le oponía, y los infantes del Rey atravesaron el foso. Aun reducidos á tal extremidad, los mineros de Mendip lucharon heroicamente, vendiendo caras sus vidas. Pero en muy pocos minutos la derrota fué completa. Trescientos soldados del ejército real habían sido muertos ó heridos; de los rebeldes, más de mil yacían tendidos en el campo (2).

(1) Queda una orden de Jacobo mandando pagar 40 libras esterlinas al sargento Weems, del regimiento de Dumbarton, «por sus buenos servicios en la acción de Sedgemoor, disparando los cañones contra los rebeldes.»—*Historical Record of the First or Royal Regiment of Foot.*

(2) *Relación de la batalla de Sedgemoor por Jacobo II* en Lord Hardwicke, *State Papers*; Wade, *Confesión*; Relación manuscrita en Eachard, III, 768; *Relación de un alférez de Guardias de á caballo*, en Kennet, ed. 1719, III, 432; *London Gazette*, 9 julio, 1685; Oldmixon, 708; Paschall, *Narrative*; Burnet, I, 643; Evelyn, *Diary*, 8 de julio; Citters, julio 7 (17); Barillon, julio 9 (19); Reresby, *Memoirs*; *La Batalla de Sedgemoor*, por el Duque de Buckingham, comedia; *Diario manuscrito de la Rebelión del Oeste*, por mister Eduardo Dummer, que á la sazón servía en el tren de artillería, enviado por S. M. para la conclusión de la misma. Este manuscrito, existente en la biblioteca de Pepys, es de la mayor impor-

Así terminó el último combate, que aun merece el nombre de batalla, dado en territorio inglés. Honda

tancia, no por la descripción del combate, en que apenas hay nada digno de cuenta, sino por los planos que representan cuatro ó cinco lugares distintos de la batalla.

«La historia de una batalla, dice el más grande de los generales contemporáneos, apenas difiere de la historia de un baile. Algunas personas pueden recordar todos aquellos pequeños acontecimientos que dan por resultado el triunfo ó la derrota; pero nadie puede recordar el orden ó el momento preciso en que ocurrieron, y esto es á lo que deben su valor ó importancia... Para demostraros el crédito que ha de darse aun á las descripciones de batallas que pasan por mejores, os diré que hay algunas circunstancias, mencionadas en la relación del General ***, que no ocurrieron como él las refiere. Es imposible decir cuándo ó en qué orden sucedieron los acontecimientos más importantes.—Wellington, *Papers*, 8 y 17 de agosto, 1815.

Aludía el Duque de Wellington, al escribir las líneas precedentes á la batalla de Waterloo, que se había dado sólo algunas semanas antes, en pleno día, á su vista experimentada y perspicaz. ¿Cuál, pues, no será la dificultad de ordenar, con doce ó trece narraciones, la descripción de una batalla que se dió más de ciento sesenta años ha, en medio de tales tinieblas que los combatientes no se veían á cincuenta pasos de distancia? Y aumenta la dificultad, la circunstancia de que los testigos que mejor oportunidad tuvieron para saber la verdad, en modo alguno quisieron decirla. El documento que pongo á la cabeza de mi lista de autoridades debfa ser en extremo parcial á Feversham. Wade escribía cohibido por el temor á la horca. Ferguson, que era muy poco escrupuloso acerca de la verdad de sus aserciones, mintió en esta ocasión como Bobadil ó Parolles. Oldmixon, muchacho á la sazón, cuando se dió la batalla estaba en Bridgewater, donde pasó gran parte de su vida; pero tan sujeto estaba á la influencia de las pasiones locales, que de nada le sirvieron cuantas noticias pudo adquirir allí. Su afán de ensalzar el valor de los paisanos del Somersetshire, valor reconocido por sus enemigos y que no necesitaba el realce de la hipérbole y la ficción, le llevó á componer una novela absurda. El elogio que Barillon, francés, acostumbrado á mirar con desprecio las bandas de paisanos, tributó al ejército vencido, es de gran importancia. «Son infanterie fit fort bien. On eut de la peine á les rompre, et les soldats combattoient avec les crosses de mousquet

y duradera impresión dejó en los sencillos habitantes de las cercanías, impresión que se renovó con frecuencia en lo sucesivo. Pues aun en nuestros días no es raro que el arado y la azada tropiecen con espantables recuerdos de la matanza, cráneos, huesos y armas extrañas, construídas con los instrumentos de labranza. Los ancianos de la comarca relataban aun no ha mucho que en su niñez jugaban á la batalla entre las gentes del Rey Jacobo y las del Rey Monmouth, y que los partidarios de Monmouth aco metían al grito de *Soho!* (1)

Lo que parece más extraño en la batalla de Sedgemoor es que el resultado haya sido por un momento dudoso, y que los rebeldes hayan podido resistir tanto tiempo. Que cinco ó seis mil carboneros y labriegos hayan luchado durante una hora con la mitad menos de caballería é infantería regular, se tendría hoy por milagroso. Sin embargo, nuestra admiración tal vez disminuiría al recordar que en tiempo de Jacobo II la disciplina del ejército regular estaba completamente relajada, y que, por otra parte, el paisanaje servía generalmente en la milicia. La diferencia, pues, entre un regimiento de guardias de á pie y un regimiento de paisanos alistados en el momento, aunque á no dudar considerable, no era, ni

et les scies qu'ils avoient au bout de grands bastons au lieu de picques.»

Poco puede aprenderse, actualmente, visitando el campo de batalla, porque el aspecto del país ha cambiado mucho, y el antiguo Bussex Rhine, en cuyas márgenes fué lo más recio de la pelea, ha desaparecido hace ya mucho tiempo.

Me ha servido de mucho la descripción de la batalla que trae Mr. Robert. *Vida de Monmouth*, c. xxii. Confirman su narración, en lo más importante, los planos de Dummer.

(1) He sabido estos detalles por algunas personas que viven cerca de Sedgemoor.

con mucho, tan grande como en nuestros días. Monmouth no se puso al frente de una turba para ir á luchar con buenos soldados, porque sus gentes no carecían por completo de nociones de milicia, y las tropas de Feversham, comparadas con las de nuestro tiempo, casi merecerían el nombre de multitud.

Eran las cuatro de la mañana: el sol lanzaba sus primeros rayos, y los restos del ejército derrotado entraban corriendo en desorden por las calles de Bridgewater. El estrépito, la sangre, los lamentos, la vista de los que caían para no levantarse más, esparcieron el horror y el desaliento por toda la ciudad. Los perseguidores, además, les seguían muy de cerca. Los habitantes que habían favorecido la insurrección, á la idea del saqueo y la matanza, imploraban protección de los vecinos que profesaban la religión católica ó eran conocidos por su adhesión al partido *tory*, y el más implacable de todos los historiadores whigs ha reconocido que se les concedió leal y generosamente la protección que imploraban (1).

XXXVIII.

PERSECUCIÓN DE LOS REBELDES.—EJECUCIONES MILITARES.

Todo aquel día, los vencedores continuaron el alcance de los fugitivos. Los aldeanos de las cercanías recordaron por mucho tiempo el atronador ruido de caballos y la horrible tormenta de maldiciones con que pasaba el torbellino de la caballería. Antes de la

(1) Oldmixon, 704.

noche, quinientos prisioneros estaban encerrados en la iglesia parroquial de Weston Zoyland. Ochenta estaban heridos, y cinco espiraron en el sagrado del templo. Dióse orden que gran número de labriegos se ocupasen en dar sepultura á los muertos, y algunos, cuya adhesión al partido vencido era notoria, fueron colocados aparte para el horrible oficio de descuartizar á los prisioneros. Los subconstables de las parroquias vecinas se ocupaban en levantar horcas y preparar cadenas. Al mismo tiempo las campanas de Weston Zoyland y Chedzoy eran lanzadas á vuelo alegremente, y los soldados cantaban y triunfaban, en el campo, en medio de los cadáveres; pues los pequeños propietarios de la vecindad, no bien se supo el resultado de la batalla, se habían apresurado á enviar odres de la mejor cidra, como oferta de paz á los vencedores (1).

Feversham pasaba por hombre de buen natural; pero era extranjero, ignoraba las leyes de Inglaterra y era del todo indiferente á los sentimientos del pueblo inglés. Habíase acostumbrado á la licencia que reinaba en los ejércitos franceses, y de su gran pariente el conquistador del Palatinado había aprendido, no en verdad á vencer, sino á devastar. Designóse inmediatamente un número considerable de prisioneros que debían ser ejecutados. Entre ellos había un joven, famoso por su agilidad en la carrera, al cual se hizo entrever la esperanza de salvar la vida con tal de vencer en la carrera á uno de los caballejos del pantano. El espacio que debían recorrer él y el caballo aun puede verse, pues las señales que hasta hoy se conservan en el llano son bien conocidas, y su extensión es como unos tres cuartos de milla. Fever-

(1) Locke, *Western Rebellion*; Stradling, *Chilton Priory*.

sham no se avergonzó después de asistir á la carrera de enviar al desdichado andarín á la horca. Al día siguiente, en el camino que va de Bridgewater á Weston Zoyland, se veía una larga fila de horcas. De cada una colgaba un prisionero. Cuatro de aquellos infelices permanecieron en los hierros hasta que sus cadáveres se pudrieron (1).

XXXIX.

FUGA DE MONMOUTH.—ES COGIDO PRISIONERO.

En tanto, Monmouth, acompañado de Grey, Buyse y otros amigos, huía del campo de batalla. En Chedzoy se detuvo un momento para cambiar de caballo y ocultar su cinta azul y la condecoración de San Jorge, continuando en seguida hacia el canal de Bristol. Desde la eminencia que se eleva al Norte del campo de batalla, aun pudo ver el fagonazo y el humo de la última descarga que hicieron sus abandonados amigos. Antes de las seis de la mañana estaba á veinte millas de Sedgemoor. Algunos de sus compañeros le aconsejaban atravesar el agua y refugiarse en Gales, y esto indudablemente era lo mejor que podía haber hecho. Llegaría á Gales mucho antes que las nuevas de su derrota, y en país tan poco habitado y tan distante de la capital podría permanecer mucho tiempo sin ser descubierto. El Duque, sin embargo, determinó continuar por el Hampshire, esperando hallar medio de ocultarse en las chozas de los

(1) Locke, *Western Rebellion*; Stradling, *Chilton Priory*; Oldmixon, 704.

cazadores furtivos entre las encinas de New-Forest, mientras se le proporcionaba medio seguro de pasar al Continente. Así, pues, seguido de Grey y del alemán Buyse, se volvió hacia el Sudeste; pero el camino estaba cubierto de peligros. En el país que tenían que atravesar los tres fugitivos, todos sabían el resultado de la batalla, y ningún viajero de aspecto sospechoso podía escapar sin sufrir examen detenido. Caminaron todo aquel día, evitando el pasar por las ciudades y aldeas, lo cual no era entonces tan difícil como hoy pudiera parecer, pues muchos contemporáneos recordaban el tiempo en que los venados corrían libremente por una sucesión de selvas, desde las orillas del Avon en el Wiltshire, hasta la costa meridional del Hampshire (1). Al fin, en Cranbourne-Chase, los caballos no pudieron resistir más. Tuvieron, pues, que dejarlos sueltos, ocultando las bridas y las sillas, y Monmouth y sus amigos, habiéndose procurado trajes de aldeanos, continuaron á pie hacia New-Forest. Pasaron la noche al raso; pero antes del amanecer se hallaban rodeados de peligros por todas partes. Lord Lumley, que estaba en Ringwood con un numeroso cuerpo de milicianos de Sussex, había enviado destacamentos en todas direcciones. Sir Guillermo Portman, con la milicia de Somerset, había formado una cadena de puestos desde el mar hasta la extremidad septentrional de Dorset. A las cinco de la mañana del día 7; Grey, que se había separado de sus amigos, fué cogido por dos espías de Sussex. Se sometió á su suerte con la tranquilidad de aquel para quien la duda es más intolerable que la desgracia cierta. «Desde que hemos desembarcado, dijo, no he comido á gusto una sola vez, ni he pasado una noche tran-

(1) Aubrey, *Natural History of Wiltshire*, 1691.

quilla.» Nadie dudaba ya que el jefe de los rebeldes no podía estar lejos. Redobláronse la actividad y vigilancia de los perseguidores. Las cabañas, esparcidas en la verde comarca que divide el Dorsetshire del Hampshire, fueron minuciosamente examinadas por Lumley, y al fin lograron descubrir al aldeano que había cambiado de traje con Monmouth. Portman acudió al frente de un numeroso cuerpo de caballería é infantería á ayudar en las pesquisas. Lo primero que les llamó la atención fué un sitio muy á propósito para servir de albergue á los fugitivos. Era una gran extensión de terreno que una cerca dividía del campo abierto y subdividida á su vez por numerosos cercados en pequeños campos. En algunos de éstos, la cebada, la avena y los guisantes, estaban tan altos que podían perfectamente ocultar un hombre. Los otros, estaban cubiertos de helechos y maleza. Una pobre mujer refirió que había visto dos forasteros que trataban de ocultarse en el campo. La idea de la recompensa inmediata redobló el celo de las tropas. Convínose en que todo aquel que ayudase bien en las pesquisas tendría parte en las cinco mil libras prometidas. La cerca exterior era estrechamente vigilada, mientras por todas partes se registraba el campo cercado con infatigable diligencia, y sabuesos puestos en el rastro revolvían la maleza. El día terminó antes de que la empresa pudiera llevarse á cabo, mas durante toda la noche el lugar fué vigilado cuidadosamente. Hasta treinta veces se aventuraron los fugitivos á dirigirse á la cerca exterior, mas por todas partes encontraban un centinela vigilando atentamente. En una de estas tentativas fueron vistos é hicieron fuego sobre ellos. Entonces se separaron, ocultándose en distintos sitios.

Al amanecer del día siguiente comenzaron de nue-

vo las pesquisas, y por de pronto lograron dar con Buyse, el cual declaró que sólo hacía algunas horas se había separado de Monmouth. Registráronse entonces con más cuidado que nunca el trigo y la maleza, y al fin descubrieron un rostro demacrado en una zanja. Los perseguidores se arrojaron sobre su presa, y algunos se disponían á hacer fuego, á no impedir Portman toda violencia. Vestía el prisionero traje de pastor, y su barba, prematuramente gris, no fuera afeitada desde hacía algunos días. Estaba temblando y no podía hablar. Aun aquellos que le habían visto con frecuencia dudaban al principio si sería aquél realmente el brillante y agraciado Monmouth. Portman le registró, encontrando en sus bolsillos, entre algunos guisantes cogidos en el furor del hambre, un reloj, una bolsa de oro, un pequeño tratado de fortificación, un álbum en que había canciones, recibos, plegarias y fórmulas de magia y las insignias de San Jorge, con que muchos años antes el Rey Carlos II había condecorado á su hijo favorito. Inmediatamente se despacharon correos á Whitehall con la buena nueva y la condecoración de San Jorge, en prueba de que la noticia era cierta. El prisionero, custodiado por numerosa guardia, fué conducido á Ringwood (1).

Todo estaba perdido; sólo le restaba prepararse á morir como convenía á quien no se había juzgado indigno de ceñir la corona de Guillermo el Conquistador y de Ricardo *Corazón de León*, del héroe de Cressy y del héroe de Agincourt. Fácilmente podía el cautivo invocar otros ejemplos sacados de la historia de su

(1) *Relación de cómo fué preso el difunto Duque de Montmouth, publicada de orden de Su Majestad. Gazette de France, 18 (28) de julio 1685; Eachard, III, 770; Burnet, I, 644, y la nota de Dartmouth, Citters, 10 (29) de julio 1685.*

familia, más adecuados á su condición presente. En el espacio de cien años, dos soberanos cuya sangre corría por sus venas, entre ellos una delicada mujer, se habían visto en situación idéntica á la suya: pero así en la prisión como en el cadalso habían dado muestras de valor de que en la época de prosperidad parecían incapaces, y casi habían redimido grandes crímenes y grandes errores sufriendo con cristiana dulzura y dignidad soberana cuantos males al enemigo victorioso plugo causarles. Nunca fuera Monmouth acusado de cobardía, y aunque no hubiera sido de natural animoso, era de esperar que el orgullo y la desesperación compensarían ampliamente este defecto. Los ojos de todo el mundo se hallaban fijos en él. Las generaciones futuras sabrían cómo se había conducido en aquella extremidad. Tenía que demostrar á los bravos campesinos del Oeste que no habían derramado su sangre por un caudillo indigno de tan leal adhesión, y en obsequio á aquella que por él lo había sacrificado todo, su conducta debía ser tal, que aunque tuviese que llorarle, nunca tuviese que avergonzarse de él. No le tocaba á él suplicar ni lamentarse. Su razón además le hubiera dicho que las súplicas y lamentaciones eran inútiles. Lo que había hecho no se perdona nunca, y había caído en poder de un enemigo que no había perdonado jamás.

Pero la fortaleza de Monmouth no pertenecía á aquella noble especie de fortaleza que tiene su origen en la reflexión y en el propio decoro, y la naturaleza tampoco le había dotado de uno de aquellos corazones animosos á los que ni la adversidad ni el peligro pueden arrancar el más leve signo de debilidad. Menguaba y crecía su valor á impulsos tan sólo de la impresión del momento, que encendía su entusiasmo ó lo extinguía totalmente. Sosteniale en el

campo de batalla la excitación del momento, la esperanza de la victoria, la extraña influencia de la simpatía. Mas ahora todo esto había desaparecido. El desdichado favorito de la Corte y del populacho, acostumbrado á ser amado y adorado por doquiera, veíase al presente rodeado de carceleros de severo aspecto, en cuyos ojos podía leer su sentencia. Después de algunas horas de triste reclusión, debía sufrir violenta y vergonzosa muerte. A esta idea su corazón desfallecía. Erale tan cara la vida, que la hubiera comprado á costa de cualquier humillación, ni podía su inteligencia, siempre débil, y extraviada ahora por el terror, comprender que el humillarse serviría tan solo á degradarle sin obtener por eso la salvación.

XL.

SU CARTA AL REY.

Tan pronto llegó á Ringwood, escribió al Rey. Su carta era la de un hombre que, anonadado por el temor, se ha hecho insensible á la vergüenza. Declaraba en términos vehementes su remordimiento y su traición. Afirmaba que cuando prometió á sus primos en el Haya no alterar la paz en Inglaterra, se proponía con todo su corazón cumplir su palabra. Desgraciadamente habíase apartado después de lo prometido, dejándose llevar de las sugerencias de hombres malos que habían encendido su corazón, valiéndose de calumnias, y extraviado su juicio con indignos sofismas. Pero ahora los aborrecía; se aborrecía á sí mismo. Pedía en términos lastimeros ser admitido á la presencia real. Había un secreto que no podía

confiar al papel, secreto que consistía en una sola palabra, que una vez pronunciada por él aseguraría el trono contra todo peligro. Al día siguiente despachó cartas implorando á la Reina viuda y al lord Tesorero, á fin de que intercediesen por él (1).

Cuando se supo en Londres hasta qué punto se había rebajado el Duque, todos quedaron grandemente sorprendidos; mas ninguno lo fué tanto como Barillon, que en el tiempo que llevaba en Inglaterra había presenciado dos sangrientas proscripciones, y había visto numerosas víctimas de la oposición y de la Corte someterse á su destino sin súplicas ni lamentaciones, propias sólo de mujeres (2).

XLI.

ES CONDUCTO A LONDRES.

Monmouth y Grey permanecieron aún dos días en Ringwood, siendo conducidos en seguida á Londres, custodiados por un fuerte destacamento de tropas regulares y milicia. En el mismo coche del Duque iba un oficial que tenía orden de matarle si se hacía alguna tentativa para volverle la libertad. En todas las ciudades del tránsito se habían reunido las milicias de las cercanías á las órdenes de las personas de más cuenta de la *gentry*. Duró tres días el viaje, terminan-

(1) La carta al Rey se imprimió á la sazón de orden del Gobierno; la dirigida á la Reina viuda se hallará en sir H. Ellis, *Original Letters*; la de Rochester en la *Correspondencia de Clarendon*.

(2) «On trouve, escribia, fort á redire icy qu'il ayt fait une chose si peu ordinaire aux Anglois.» Julio 13 (23), 1685.

do en Vauxhall, donde un regimiento mandado por Jorge Legge, lord Darmouth, estaba esperando para encargarse de los prisioneros. Allí se embarcaron en una lancha de la corte, siendo conducidos por el río á la gran escalera de Whitehall. Lumley y Portman habían vigilado alternativamente al Duque día y noche, hasta que estuvo dentro de los muros del Palacio (1).

El contraste entre la conducta de Monmouth y la de Grey en todo el trayecto llenó de sorpresa á cuantos pudieron observarlos. Monmouth estaba completamente abatido. Grey, por el contrario, no sólo estaba sereno, sino jovial, hablando alegremente de caballos, perros y cacerías, y aun haciendo chistosas alusiones á la peligrosa situación en que se hallaba.

No puede censurarse al Rey por haber decidido que Monmouth recibiese la muerte. Todo el que se pone al frente de una rebelión contra el Gobierno establecido ya sabe que juega la vida, y la rebelión era el menor de todos los crímenes de Monmouth. Había declarado guerra sin cuartel á su tío. En el manifiesto publicado en Lyme, Jacobo había sido arrojado á la execración popular como incendiario, como asesino que había estrangulado á un inocente y cortado la cabeza á otro; y finalmente, como envenenador de su propio hermano. Perdonar á un enemigo que no había tenido escrúpulos en acudir á tales recursos, hubiera sido acto de bien rara y tal vez censurable generosidad. Pero verlo y no perdonarle era un ultraje á la humanidad y al decoro (2). Y este ultraje, el Rey

(1) *Relación de cómo fué preso el Duque de Monmouth*; *Gazette* de 16 de julio, 1685; *Citters*, julio 14 (24).

(2) A Barillon extrañó mucho la conducta del Rey, «Il se vient, dice, de passer icy une chose bien extraordinaire et fort opposée á l'usage ordinaire des autres nations.» Julio 13 (23), 1685.